

III

¡Oh dulce Pío IX! Tu recuerdo solo me hace estremecer después de tantos años, y cual si acabaras de volar al cielo, me vienen ímpetus de correr en pos de ti, como el discípulo del Profeta, y saltar sobre el carro de fuego que te arrebatara de este mundo que con tan firme cetro registes. Así te lo rogué, cuando estaban aún calientes tus mortales despojos; pero tú me respondiste lo que Elías á su acongojado alumno, y yo también, como Eliseo, me tuve que resignar á permanecer en la tierra, sin tu amparo, ni tu sostén, ni tu abrigo. La Providencia prolongó, sin duda, mi peregrinación, para que en esta parte del mundo fuese yo guardador agradecido de tu santa memoria, y defensor infatigable de tu limpia fama, de tus altas dotes políticas, de tus regias virtudes. Tal por lo menos he creído, y hoy que la historia de más de medio siglo brillanta la gloria que te inundó desde los albores de tu pontificado, con más fuego y mayor entusiasmo me apresto á pregonar tus loores. Así lo prometí al empezar el año jubilar de la Concepción Inmaculada, y me proponía cumplirlo únicamente en mi propia Catedral; pero ya que cir-

cunstancias imprevistas me proporcionan un teatro más vasto, no dejaré de emprender mi vuelo á mayor altura en los horizontes que se me abren.

Cincuenta y ocho años han transcurrido desde que el joven Cardenal Mastai-Ferretti, con la oposición de no pocos de sus colegas, pero salvo esta minoría con el aplauso universal, subió inesperadamente al solio de San Pedro. Tantas han sido las transformaciones que el mundo ha sufrido, tantos y tan variados los acontecimientos de que hemos sido testigos, que la generación presente no puede formarse una idea de aquella época; y aun los mismos que presenciamos y sufrimos tantas vicisitudes, nos figuramos algunas veces que todo fué sueño. Los que han nacido en los últimos treinta años, y desde que han abierto los ojos, no han visto más que desprecios á la Iglesia, ni oído otra cosa que vituperios á su augusto Jefe, ¿podrán acaso imaginarse las frenéticas ovaciones que saludaron á Pío IX al empuñar al mismo tiempo que el cayado apostólico el cetro temporal de la porción más bella de la bella península itálica? Parecía, en verdad, haber nacido en el trono *natus est homo princeps fratrum*, tal era su majestad y regio porte que conservó hasta la edad más avanzada, y que ostentaba con no afectada naturalidad en todos los actos de su vida. Era todavía joven y, aun prescindiendo de su carácter de Pontífice Máximo, parecía ya el Néstor de los Reyes, por su tino en el gobernar, su prudencia en condescender, su previsión para lo porvenir: *natus est princeps fratrum*.... Su

espíritu progresista, su afición á las libertades modernas, su amor á la patria italiana, arrebatában los corazones y lo colocaban á la vanguardia de los monarcas constitucionales: *natus est princeps fratrum firmamentum gentis*. Nadie, por consiguiente, soñaba en disputarle su principado temporal, y no contentos los pueblos con aclamarlo Papa-Rey, le pedían que aceptara la presidencia de la gran confederación, en que se pensaba unir los diversos reinos y principados de la Península: *natus est princeps fratrum firmamentum gentis, stabilimentum populi*. No sólo, sino que no pocos republicanos, ó soñadores hasta la locura, ó previsores hasta rayar en profetas, dieron pasos para proclamarlo Rey de Italia.

¡Rey de Italia un Pontífice! Quimera declararon los contemporáneos tan atrevido proyecto; quimera repitieron los que vieron al gran Papa morir prisionero; quimera nos parece á los que hemos visto tantos cataclismos y tantos trastornos. Pero, ¿era en realidad tan quimérico el pensamiento que hoy juzgamos delirio? Si el Señor se hubiera dignado descender por un momento el velo de lo porvenir ante los soberanos de 1846, y dotándolos un instante de espíritu profético, les hubiera mostrado las revoluciones, las guerras, las catástrofes de la segunda mitad del siglo, ¿no hubieran todos corrido á colocar una tras otra sus coronas sobre la cabeza de Pío IX? ¿No era preferible ceder espontáneamente derechos que por fuerza se habrían de perder, más bien que someterse á las sorpresas de Marsa-

la y á los desastres de Solferino ó á los plebiscitos de Florencia y de Nápoles? ¿No era mejor, hasta para la dinastía triunfante, permanecer al pie de los Alpes, y militar bajo las banderas de un Pontífice-Rey, que no la expondría á las derrotas de Cuetoza ó de Lissa, de Dogali ó Adis-Ababa, ni á los horrores del regicidio, ni á las convulsiones del anarquismo?

Pero la Providencia dejó corrido este velo, y sólo abrió los ojos á su augusto Vicario, permitiendo los desmanes de la Revolución que lo llevaron al destierro de Gaeta, donde resolvió poner toda su confianza en Dios y en María.

El amor de Pío IX á María Santísima presenta rasgos característicos que arrebatan nuestra admiración. Es tan tierno, tan ardiente, tan espontáneo. Léase desde el principio hasta el fin la Bula en que la declaró inmaculada. A pesar del esmero que se despliega en pulir esta clase de documentos, y la multitud de manos que los enmiendan y corrigen, se descubre tal ingenuidad y tanta dulzura, que apenas pueden comparársele los escritos del melifluo San Bernardo. Otro tanto se observa en las notas dirigidas con este motivo á los Obispos del Orbe, antes y después de la declaración dogmática. No hay términos convencionales, ni frases rebuscadas, ni afectación, ni esfuerzo. Con naturalidad infantil y con sencillez angélica, nos habla de la devoción que le profesó desde sus más tiernos años; y sin dificultad le prestamos entera fe, y cedemos al hechizo de su lenguaje. Y si tales emociones se experimentan

al recorrer las frías páginas de un libro y después del transcurso de tanto tiempo, ¡qué no sentiríamos los que en la flor de sus años y en su siempre verde vejez escuchamos sus himnos de amor á la Virgen sin mancilla, ya en los elocuentes discursos que cada día improvisaba, ya en las conversaciones íntimas de su vida doméstica!

No creo aventurar una proposición temeraria al confiaros mi creencia de que en la roca de Gaeta la Virgen Inmaculada en persona le reveló la historia de los siglos futuros y le infundió ese espíritu de fortaleza, de inflexibilidad, de constancia que lo distinguió desde entonces y que mantuvo á flote la navicilla de San Pedro, todo el resto de su largo pontificado. Sea como fuere, con la definición de la concepción sin mancilla de la Reina de los Cielos, aseguró á la Iglesia una protección sobrenatural y eficaz en las luchas que la esperaban. No era esto suficiente. Era preciso unir con fuertes vínculos los episcopados de todas las naciones, entre sí mutuamente y con la silla de Pedro; y lo logró con el Concilio Vaticano y la definición de la Infalibilidad Pontificia. ¿Qué importa que se alzarán algunas voces discordantes? ¿Qué importa que algunos repitieran el *durus est hic sermo* que resonó hace veinte siglos á orillas del lago de Tiberiades y dejaran la compañía del Vicario de Cristo, como aquellos abandonaron entonces la de Jesús? Estos cismas transitorios, estas discordias pasajeras se han verificado siempre que la Iglesia ha definido algún dogma; pero se han disipado como el humo, y sólo han servido para afirmar la eterna Verdad.

Entre todas las naciones del Orbe, la que más se había distinguido por su devoción y amor á la Concepción Inmaculada de María, cuyo misterio había siempre confesado, era España, la gran patria española, en cuya extensión jamás se ponía el sol, y de que formaba parte nuestra actual República. Al desmembrarse para constituir diversas nacionalidades, las antiguas monarquías de Europa, sin exceptuar la Pontificia, consideraron ramas muertas á las que se habían separado del tronco, y les volvieron las espaldas para no perder la amistad de la madre abandonada.

Pío IX fué el primero que se apartó de las antiguas tradiciones, por lo menos con respecto á Méjico; y si no os fatiga, os entretendré un instante con una anécdota, que forma una de mis gratas reminiscencias personales del gran Pontífice.

Era el 3 de Mayo de 1860. Entonces el Papa se movía libremente como soberano y como padre por las calles y plazas de su Roma, y visitaba á quien tanto honor merecía, y convidaba á su mesa á los altos personajes que la etiqueta no alejaba de sus regio alcázares. Acababa de regalar su munificencia al establecimiento en que vuestro siervo á la sazón se educaba, hermosa quinta que había sido de su tío el Cardenal Ferretti, cuyo gusto clásico en toda ella se revelaba. Aunque muchas transformaciones ha sufrido que la han privado de su rica poesía, aún me parece ver sus mágicos jardines, que recordaban los de Armida, y los ricos tapices de su comedor, que representaban á lo

vivo á Clorinda, recibiendo el bautismo de manos de su caballeroso matador, al piadoso Godofredo, cumpliendo su voto en el Santo Sepulcro y otros pasajes de la Jerusalén Libertada.

Quiso Pío IX inaugurar el regalo con un banquete á los Generales Franceses que con su invicta guarnición defendían la independencía del Papado; y después del convite se dignó admitir á su presencia á mí y á mis juveniles compañeros. Rodeado de aquellos guerreros, y teniendo á su lado á los Cardenales Antonelli y Altieri, de imperecedera memoria, condescendió en escuchar los versos que tuve el ardimiento de recitar. Al percibir los sonidos castellanos, con que por primera vez se había familiarizado en su expedición á Chile el año de 1824, voló la imaginación del Pontífice á los días de su juventud, y empezó á narrar á sus convidados algunos episodios de su lejano viaje.

Refirió, entre otros, el brindis de no sé qué General chileno «á la joven América, más poderosa y fuerte que la caduca Europa,» y añadió, volviéndose hacia nosotros, y en idioma español: «á pesar de todo, la América era entonces y ha seguido siendo *la niña*.» Pero aunque ese era el sentimiento general, Pío IX no trató á Méjico *como niña*. Acogió á sus representantes con honra; envió á sus Jefes Supremos, Delegados y Nuncios; colmó á sus Obispos de favores, nombró á uno de ellos Cardenal, aunque la muerte le impidió vestir la púrpura, y no desdeñó admitir á alguno de vuestros compatriotas á su corte y á su intimidad.

Sólo, cuando un Presidente primero y un Emperador después quisieron arrancarle concesiones y concordatos desfavorables á la Iglesia, se escudó con el inexorable *non possumus*. Y esto, no porque fuera Méjico nación débil ó considerara efímero su imperio. Con igual valor se había opuesto á los caprichos del victorioso Bonaparte, y á las ambiciosas veleidades del Rey de Piamonte, y de los monarcas de Baviera y de Prusia; con igual denuedo desafió las iras del autócrata de Rusia y del César alemán, aun después que el Vaticano se había convertido para su Dueño en perpetua prisión.

¿Fué sabia esta política, fué prudente esta energía, no empeoró la situación de la Iglesia? Si estas preguntas se hubieran hecho hace treinta años, me habría bastado responder con el Cantor del Cinco de Mayo:

«Ai posteri
L'ardua sentenza.»

Pero hoy, que nosotros somos la posteridad y que hemos visto fenecer y empezar dos Pontificados, hoy puedo presentaros el libro de la historia contemporánea y deciros con plena confianza: abrid y leed. ¿Qué os revelan los anales del último reinado? Grandes triunfos preparados por la energía apostólica de Pío IX; grandes reveses cuando los enemigos de la Iglesia empezaron á olvidarse, al mirar tanta condescendencia, de la antigua inflexibilidad. Todos los avances, todas las concesiones eran á los principios altamente estimados

y con ansia correspondidos. Más tarde vinieron los desaires de La Haya, cuando en las famosas conferencias se declaró Rey de burlas, monarca meramente honorario; el Soberano á quien la capitulación del 20 de Septiembre, apagadas apenas las bombas piamontesas, había reconocido como Rey efectivo, y monarca igual ó superior á los de las naciones más poderosas. ¿Y luego? ¿Qué estamos viendo en estos últimos días? ¿Qué nuevos ultrajes se han hecho y se preparan al reinante Pontífice?

¡Oh Pío IX, bendito el *non possumus* que sólo se heló en tus labios con el último aliento! No lograste ver en la tierra el triunfo de la Iglesia, como lo vió tu predecesor el séptimo Pío; pero lo verás desde el cielo, rodeado de tus fieles admiradores. Jesucristo, cuyo Vicario fuiste, volverá á reinar no sólo en el individuo, sino en la sociedad; y nuestra augusta Religión, rompiendo los lazos que con el nombre de independencia la encadenan, saldrá de los templos y de los hogares para mostrarse en las plazas y en los palacios, y ser señora de pueblos y naciones.

Cantemos, entretanto, como nuestros mayores en las catacumbas, cantemos en las Basílicas y en los santuarios, cantemos al Señor, y pidamos el eterno descanso para los Pontífices que, honrando á María de Guadalupe, han preparado el triunfo final de la Iglesia. Nada os he dicho de León XIII, que á tan alto rango sublima su imagen y su templo, cuyas bóvedas adornó, nuevo Dámaso, con los áureos versos de su piadoso

numen. Su memoria está fresca; frescas las alabanzas que elocuentes labios hace poco le tributaron, y las más estarían de sobra y aumentarían vuestro cansancio. Permitidme, pues, que dé punto á mi larga oración, implorando no sólo la luz sempiterna, sino gloria cada día más brillante en la tierra y en el cielo para Benedicto y Gregorio, para los Clementes, los Píos y los Leones que extendieron, fomentaron y engrandecieron el culto de María Santísima de Guadalupe.

